

otra muerte artificial en los que viven. Lo pasado es sin remedio para lo presente y porvenir; por la bondad de Dios tantos quedamos, que si con aquel amor é voluntad á que los buenos son tenudos é obligados nos ayudamos, yo fio en él que con mucha gloria é ventaja cobraremos aquello que hasta aquí se ha perdido; é quiero que de mí sepais que si todo el mundo en contrario toviere, é los que conmigo están me deixasen, no partiré deste lugar sino vencedor ó muerto; así que, mis buenos amigos, mirad quién sois y del linaje donde venis, é faced en esto de manera que á todo el mundo se dé á conocer que en la muerte del señor no estaba la de todos los suyos.»

Acabada el rey Lisuarte su fabla, como Arquisil fuese el mas principal de todos ellos, así en esfuerzo como en linaje, porque, como muchas veces se os ha dicho, á este venia de derecho la sucesion del imperio, se levantó donde estaba, y respondió al Rey, diciendo: «A todo el mundo es notorio, desde que Roma se fundó, las grandes hazañas é afrentas que los romanos en los tiempos pasados á su muy gran honra acabaron, de las cuales las historias están llenas, y en ellas señalados sus fechos famosos entre todos los del mundo, así como el lucero entre las estrellas; y pues de tan excelente sangre venimos, no creais vos, buen señor rey Lisuarte, ni otro ninguno, sino que agora mejor que de primero, é con mas esfuerzo é cuidado, posponiendo todo el peligro y temor que vos avenir podiese, seguirémos aquello que los nuestros famosos antecesores siguieron, por donde dejaron en este mundo fama tan loada con perpétua memoria, é como los virtuosos lo deben seguir; é vos no vos dejeis caer, ni á vuestro corazon deis causa de flaqueza, que por todos estos señores me profiero, é por los otros que aquellos é yo tenemos encargo de gobernar é mandar, que la tregua salida, tomaremos la delantera de la batalla, é con mas esfuerzo é corazon resistirémos é apremiarémos á nuestros enemigos que si el Emperador nuestro señor delante estoviese.» Mucho pareció bien á todos cuantos allí estaban lo que este caballero dijo, principalmente al rey Lisuarte; é bien dió á entender que con mucho derecho merecia la honra y gran señorío que Dios le dió, como adelante se dirá. Con esta respuesta se fué muy contento el rey Lisuarte, é dijo al rey Cildadan: «Mi buen señor, pues que tal recaudo hallamos en los romanos, é con tan buena voluntad nos ayudan, lo cual de mí creído así no era; y teniendo tan buen caballero é tan esforzado por caudillo como este Arquisil, gran razon es, é cosa muy aguisada, que nosotros, pospuesto todo peligro, tomemos este negocio segun la razon nos obliga; é de mí os digo que, salida la tregua, no habrá otra cosa sino luego la batalla, en la cual si Dios la vitoria no me da, no quiero que me dé la vida; que la muerte me será mas honra.» El rey Cildadan, como fuese muy buen caballero y de gran esfuerzo, aunque su corazon siempre llorase aquella tan gran lástima que sobre sí tenia, en ser tributario de aquel rey, mirando mas á lo que su promesa é juramento era obligado que al contentamiento de su voluntad ni querer, le dijo: «Mi señor, mucho soy alegre de lo que en los romanos se falla, é mucho mas en haber conocido el esfuerzo de vuestro

corazon; que las cosas semejantes que son pasadas, é las presentes que se esperan son el toque donde se conviene descubrir su virtud; y en lo que á mí toca, tened fiucia que vivo ó muerto donde vos quedádes quedará este mi cuerpo.» Cuando el Rey esto le oyó mucho gelo gradesció, y lo tovo en tanto, que desde aquella hora, segun despues por él se supo, propuso en su voluntad que, como quiera que la fortuna próspera ó adversa le viniese, de le soltar el señorío que sobre él tenia, lo cual así se hizo, como adelante oiréis.

Esta cosa es muy señalada é mucho de notar á quien la leyere; que solamente por conocer el rey Lisuarte con la gran aficion que esterey se le profirió á morir en su servicio, aunque el efeto no vino, tovo por bien de le dejar libre de aquel vasallaje que sobre él tenia, por donde se da á entender que la buena y verdadera voluntad, así en lo espiritual como en lo temporal, merece tanto galardón como si la propia obra pasase, porque della nace el efeto de lo bueno, y de la contraria de lo malo. Llegados estos reyes á sus tiendas, comieron y descansaron, dando orden en las cosas necesarias para dar fin en esta afrenta tan grande y tan señalada que sobre sus honras é vidas tenian.

Mas agora dejarémos á los unos y otros en sus reales, como habeis oido, esperando que en la tercera batalla estaba la gloria y vencimiento de la una parte, aunque la certidumbre de la una muy conocida y clara estoviese, é contáros hemos lo que en este medio tiempo acaeció, por donde conoceréis que la soberbia é gran saña, y el peligro tan junto é tan cercano que estas gentes tenian unas de otras, no pudieron estorbar aquello que Dios, poderoso en todas las cosas, tenia permitido que se ficiese.

CAPITULO XXXII.

Cómo, sabido por el santo ermitaño Nasciano, que á Esplandian el fermoso doncel crió, esta gran rotura destes reyes, se dispuso á los poner en paz, y de lo que en ello fizo.

Cuenta la historia que aquel santo hombre Nasciano, que á Esplandian criara, como la tercera parte desta historia lo cuenta, estando en su ermita, en aquella gran floresta que ya oistes, mas habia de cuarenta años que, segun era el lugar muy esquivo é apartado, pocas veces iba allí ninguno, que él siempre tenia sus provisiones para gran tiempo; y no se sabe si por gracia de Dios ó por las nuevas que dello pudo oir, supo cómo estos reyes é grandes señores estaban en tanto peligro y afrenta, así de sus personas como de todos aquellos que en su servicio iban, de lo cual mucho dolor é gran pesar en su corazon hobo; é porque á la sazón estaba tan doliente, que andar ni se levantar podia, siempre rogaba á Dios que le diese salud y esfuerzo para que él pudiese ser reparo destes que eran en su santa ley; porque, como él hobiese confesado á Oriana, y della supiese todo el secreto de Amadís, y ser Esplandian su hijo, bien conoció el gran peligro que se aventuraba en haberla de casar con otro; é por aquí pensó que, pues Oriana estaba en tal parte donde la ira de su padre no podia temer, que sería bien, aunque él muy viejo é

cansado fuese, de se poner en camino y llegar á la insola Firme, porque con su licencia della, que de otra guisa no podia ser, podiese desengañar al rey Lisuarte de lo que no sabia, é toviere tal manera, que poniendo la paz é concordia, allegase el casamiento de Amadís y della. Con este pensamiento y deseo, cuando algun poco aliviado se sintió, tomó consigo dos hombres de aquel logar do su hermana vivia, que era la madre de Sargil, el que andaba con Esplandian, y encima de su asno se metió al camino; aunque con mucha flaqueza, y con pequeñas jornadas y mucho trabajo, andovo tanto, que llegó á la insola Firme al tiempo que el rey Perion y toda la gente era ya partida para la batalla, de lo cual mucho pesar hobo. Pues allí llegado, fizo saber á Oriana su venida; como ella lo supo, fué muy alegre por dos cosas: la primera, porque este santo ermitaño habia criado é dado, despues de Dios, la vida á su hijo Esplandian, y la otra por tomar consejo con él de lo que á su alma é buena conciencia se requeria; y luego mandó á la doncella de Denamarca que saliese á él, y lo trajese donde ella estaba, é así lo fizo. Cuando Oriana le vió entrar por la puerta, fué para él é fizo los hinojos delante, é comenzó de llorar muy reciamente, é dijole: «Oh santo hombre! dad vuestra bendicion á esta mujer malaventurada é muy pecadora, que por su mala ventura y de otros muchos fué nascida en este mundo.» Al ermitaño le vinieron las lágrimas á los ojos de la piedad que della hobo, y alzó la mano y bendijola, é dijole: «Aquel Señor que es reparador y poderoso en todas cosas os bendiga, y sea en la guarda y reparo de todas las vuestras cosas.» Entonces la tomó por las manos é alzóla suso, é dijole: «Mi buena señora é amada hija, con mucha fatiga é gran trabajo soy venido por vos hablar, é cuando os ploguiere mandadme oir, porque yo no me puedo detener, ni el estilo de mi vivir é hábito me da licencia para ello.» Oriana, así llorando como estaba, le tomó por la mano, sin ninguna cosa le responder, que los grandes sollozos no le daban lugar, y se metió en su cámara con él, é mandó que allí solos los deixasen; así fué fecho. Cuando el ermitaño vió que sin recelo podia decir lo que quisiese, dijo: «Mi buena señora, yo estando en aquella ermita donde há tanto tiempo que he demandado á Dios nuestro Señor que haya piedad de mi ánima, poniendo en olvido todo lo mundanal, por no rescebir algun entrevalo en mi propósito, fui sabidor cómo el Rey vuestro padre y el emperador de Roma con muchas gentes son venidos contra Amadís de Gaula, é asimismo él con su padre é otros príncipes é caballeros de gran estado vá á les dar batalla. Lo que de aquí se puede seguir, quien quiera lo conocerá; que por cierto, segun la muchedumbre de las gentes, y el gran rigor con que se demandan é buscan, no puede aquí redundar sino en mucha perdicion dellos y en gran ofensa de Dios nuestro Señor; é porque la causa, segun me dicen, es el casamiento que vuestro padre quiere juntar de vos y del emperador de Roma, yo, Señora, me dispuse á hacer este camino que veis, como persona que sabe el secreto de cómo vuestra conciencia en este caso está, y el gran peligro de vuestra persona é fama, si lo que el Rey vuestro padre quiere hobiese efeto; y porque de vos, mi buena hija, en confesion lo su-

pe, no he tenido licencia de poner en ello aquel remedio que á tan gran daño como aparejado está convenia. Agora que veo el estado en que las cosas estan, será mas pecado callarlo que decirlo. Vengo á que vos, amada hija, hayais por mejor que vuestro padre sepa lo pasado, y que no vos puede dar otro marido sino el que teneis; que no lo sabiendo, pensando que lo que él quiere justamente se puede complir, su porfia será tal, que con gran destruicion de los unos y de los otros siguiere su propósito, é al cabo sea publicado, así como el Evangelio lo dice: que ninguna cosa puede ocultar que sabida no sea.» Oriana, que algun tanto mas el espíritu reposado tenia, lo tomó por las manos y gelas besó muchas veces contra su voluntad dél, é dijole: «Oh muy santo hombre é siervo de Dios! en vuestro querer é voluntad pongo y dejo todos mis trabajos y angustias para que hagais aquello que mas al bien de mi ánima cumple; é á aquel Señor á quien vos servis, é yo tanto tengo ofendido, le plega por su santa piedad de lo guiar, no como yo muy pecadora lo merezco, mas como él por su infinita bondad lo suele hacer con aquellos que mucho le han errado; si de todo corazon, como yo agora lo hago, merced le piden.» El hombre bueno con mucho placer le respondió: «Pues, amada hija, en este Señor que decís que á ninguno faltó en las grandes necesidades si con verdadero corazon é contricion le llaman, tened mucha fiucia, é á mí conviene, como aquel que con mas honestidad lo puede é debe facer, poner aquel remedio que su servicio sea, y vuestra honra sea guardada con aquella seguridad que á la conciencia de vuestra ánima se requiere; y porque de la dilacion mucho daño y mal se puede seguir, conviene que luego por vos, mi buena señora, me sea dada licencia, porque el trabajo de mi persona (si ser pudiere) alcance algo del fruto que yo deseo.» Oriana le dijo: «Mi señor Nasciano, aquel doncel que, despues de Dios, distes la vida os encomiendo que le roguéis por él, é si acá tornáredes, haced mucho por le traer con vos, é á Dios vayais encomendado que vos guie, de manera que vuestro buen deseo se cumpla al su santo servicio.»

Así el santo ermitaño se despidió, é con mucha fatiga de su espíritu, é grande esperanza de complir su buena voluntad, entró en el camino por donde supo que la gente iba; pero como él fuese tan viejo, como la historia lo cuenta, é no podiese andar sino en su asno, su caminar fué tan vagaroso, que no pudo llegar hasta que las dos batallas ya dadas eran, como dicho es; así que, estando las huestes en tregua, soterrando los muertos é curando de los feridos, llegó este muy santo hombre al real del rey Lisuarte, é como vió tantas gentes muertas é otros muchos feridos de diversas heridas, por los cuales muy grandes llantos á todas partes hacian, fué mucho espantado, é alzó las manos al cielo, llorando con mucha piedad, é dijo: «Oh Señor del mundo! á tí plega, por la tu santa piedad é pascion que por nosotros pecadores pasaste, que no mirando á nuestros muy grandes yerros é pecados, me des gracia como yo pueda quitar tan grande mal é daño que entre estos tus siervos aparejado está.» Pues entrando en el real, preguntó por las tiendas del rey Li-

suarte, á las cuales, sin en otra parte reposar, se fué, é como allí llegó, descabalgó de su asno, y entró dentro donde el Rey estaba. Cuando el Rey lo vió conociólo luego, é fué mucho maravillado de su venida, porque, segun su edad grande, bien tenia creído que aun de la ermita no podiera salir, é luego sospechó que tal hombre como aquel, tan pesado y de vida tan santa, que no venia sin alguna causa grande, é fué contra él á lo recibir, é como á él llegó hincó las rodillas é dijo: «Padre Nasciano, amigo é siervo de Dios, dadme vuestra bendicion.» El ermitaño alzó la mano é dijo: «Aquel Señor á quien yo sirvo é todo el mundo es obligado á servir os grande, y dé tal conocimiento, que no teniendo en mucho las cosas perecederas dél, antes las despreciando, hagais tales obras, por donde vuestra ánima haya é alcance aquella gloria é reposo para que fué criada, si por vuestra culpa no lo pierde.» Entonces le dió la bendicion é lo alzó por las manos, y él fincó los hinojos para gelas besar, mas el Rey lo abrazó é no quiso; é tomándole por la mano, le hizo asentar cabe sí, é mandó que luego le trujesen de comer; é así fué fecho; é desque hobo comido, apartóse con él en un retraimiento de la tienda, y preguntóle la causa de su venida, diciéndole que se maravillaba mucho, segun su edad é gran retraimiento, poder ser venido en aquellas partes á tan léjos de su morada. El ermitaño le respondió é dijo: «Señor, con mucha razon se debe creer todo lo que decis; que por cierto, segun mi gran vejez, así del cuerpo como de la voluntad é condicion, no estoy ya mas sino para salir de mi celda al altar; pero conviene á los que quieren servir á nuestro Señor Jesucristo, y desean seguir sus santas doctrinas é carreras, que en ninguna sazón de su edad, por trabajos ni fatigas que les vengán, hayan de aflojar solo un momento dello; que acordándose de cómo seyendo Dios verdadero criador de todas las cosas, sin á ello ninguna cosa le costreñir, sino solamente su santa piedad é misericordia, quiso venir por nos dar el paraíso, que cerrado teniamos en este mundo, donde con tantas injurias y deshonras de tan deshonorada gente recibió muerte é tan cruda pasion. ¿Qué podemos hacer nosotros, por mucho que le sirvamos, que pueda llegar á la correa de su zapato, como aquel su grande amigo é servidor lo dijo? Y esto considerando, pospuesto el temor é peligro de mi poca vida, pensando que mas aquí que en la parte donde estaba podía seguir su servicio, me dispuse, con mucho trabajo de mi persona é grande voluntad de mi deseo, de hacer este camino, en el cual á él plega de me guiar, é á vos, mi señor, de recibir mi embajada, quitada aparte toda saña é pasion, é sobre todo, la malvada soberbia, enemiga de toda virtud é conciencia, para que siguiendo su servicio, se olviden aquellas cosas que en este mundo al parecer de muchos valen algo, y en el otro, que es el mas verdadero, son aborrecidas. E viniendo, mi señor, al caso, digo que estando en aquella ermita donde la ventura vos guió, metida en aquella espesa é áspera montaña, donde conmigo hablastes todas las cosas que tocaban á aquel muy hermoso é bien criado doncel Esplandian, supe desta muy grande afrenta é cruda guerra donde vos hallo, é tambien la razon é causa por

qué se mueve; é porque yo sé muy cierto que lo que vos, mi buen señor, queríades, que es casar á vuestra hija con el emperador de Roma, por quien tanto mal é daño es venido, no se podía hacer, no solamente por lo que muchos grandes é otros menores de nuestro reino muchas veces vos dijeron, diciendo ser esta princesa vuestra legítima heredera é sucesora despues de la fin de vuestros dias, que era é es muy legítima causa para que con mucha razon é buena conciencia se debiera desviar, mas por otra que á vos é á otros es oculta, é á mí manifiesta, que con mas fuerza, segun la ley divina é humana, lo desvia, por donde en ninguna manera se puede hacer; y esto es, porque vuestra hija es junta al matrimonio con el marido que nuestro Señor Jesucristo tovo por bien y es su servicio que sea casada.»

El Rey, cuando esto le oyó, pensó que, como este hombre bueno era ya de muy gran edad, que el seso y la discrecion se le turbaba, ó que alguno le habia informado muy bien de aquello que habia dicho, y respondióle é dijo: «Nasciano, mi buen amigo, mi hija Oriana nunca tovo marido ni agora tiene, salvo aquel emperador que le yo daba; porque con él, aunque de mis reinos apartada fuese, en mucha mas honra é mayor estado la ponía, é Dios es testigo que mi voluntad nunca fué de la desheredar por heredar á la otra mi hija, como algunos lo dicen, sino porque hacia cuenta que este mi reino junto en tanto amor con el imperio de Roma, la su santa fe católica podia ser mucho ensalzada; que si yo supiera ó pensara en las grandes cosas que desto han redundado, con muy poca premia volviera mi querer y voluntad en tomar otro consejo; pero, pues que mi intencion fué justa y buena, entiendo que lo pasado ni porvenir se puede ni debe imputar á mi cargo.» El buen hombre le dijo: «Mi señor, y aun por eso vos dije que lo que á vos era oculto á mí es manifiesto; y dejando aparte lo que me decis de vuestra saña é voluntad, que segun vuestra gran discrecion y la honra tan alta en que Dios os ha puesto, así se debe y puede creer, quiero que sepais de mí lo que muy á duro de otro saber podríades, é digo que el día que por vuestro mandado llegué á las tiendas en la floresta donde la Reina é su hija Oriana con muchas dueñas é doncellas, é vos con muchos caballeros estábades, cuando llevé conmigo aquel bienaventurado doncel Esplandian, que la leona por la trailla llevaba, á quien el Señor tiene tanto bien prometido, como vos, mi buen señor, lo habeis oído decir, la Reina é Oriana hablaron conmigo todo el secreto de sus conciencias, para que en nombre de aquel que las crió y las ha de salvar les diese la penitencia que á la salud de sus ánimas convenia; supe de vuestra hija Oriana cómo desde el día que Amadís de Gaula la tiró á Arcalaus el encantador é á los cuatro caballeros que con él la llevaban presa, al tiempo que vos fuistes encantado por la doncella que de Londres vos sacó por el don que le prometistes, é fuistes preso y en gran peligro de perder vuestro cuerpo é todo vuestro señorío, de lo cual don Galaor, su hermano, vos libró, con gran peligro de su vida; que así por aquel gran servicio que le hizo, como aun mas por el que su hermano vos hizo á vos, que en galardón dello ella

prometió casamiento á aquel noble caballero, reparador de muchos cuitados, flor y espejo de todos los caballeros del mundo, así en linaje como en esfuero y en todas las otras buenas maneras que caballero debe tener; donde se siguió que por gracia y voluntad de Dios fuese engendrado aquel Esplandian que tan extremado y señalado le quiso hacer sobre cuantos viven, que con verdad podemos decir ser muchos y grandes tiempos pasados, y en los porvenir pasarán, que por hombres no se supo que persona mortal fuese con tan maravilloso milagro criado; pues lo que de sus hechos públicamente demuestra aquella gran sabidora Urganda la Desconocida, vos, Señor, muy mejor que yo lo sabeis. Así que, podemos decir que aunque aquello por accidente fué hecho, segun en lo que parece, no fué sino misterio de nuestro Señor que le plugo que así pasase; y pues que á él tanto agrada, á vos, mi buen señor, no debe pesar; antes considerando ser esta su voluntad y la nobleza é gran valor deste caballero, haber por bien de lo tomar, con todo su gran linaje, por su servidor é hijo, dando orden, como dar se puede, que vuestra honra guardada, se aparte el presente peligro, y en lo porvenir se tenga tal forma, que personas de buena consciencia determinen lo que sea servicio de aquel Señor, para servicio del cual en este mundo nacimos, é vuestro, que despues dél, sois su ministro en lo temporal; é agora, gran rey Lisuarte, quiero ver si es en vos bien empleada aquella gran discrecion de que Dios os ha querido guarnecer, y el crecido é gran estado en que mas por su infinita bondad que por vuestros merecimientos vos ha puesto; y pues él ha fecho con vos mas de lo que le mereceis, no tengais en mucho seguir algo de lo que las sus santas doctrinas vos enseñan.»

Quando esto fué oído por el Rey, mucho fué maravillado, é dijo: «¡Oh padre Nasciano! ¿es verdad que mi hija es casada con Amadís?—Por cierto, verdad es, dijo él; que él es marido de vuestra hija, y el doncel Esplandian es vuestro nieto.—¡Oh Santa María! val, dijo el Rey, ¡qué mal recaudo tenérmelo tanto tiempo secreto! Que si lo yo sopiera ó pensara, no fueran muertos é perdidos tantos cuitados como sin lo merecer lo han sido; é quisiera que vos, mi buen amigo, en tiempo que remediar se pudiera me lo hiciéades saber.—Eso no pudo ser, dijo el hombre bueno, porque lo que en confesion se dice no debe ser descubierto; é si agora lo fué, ha sido con licencia de aquella princesa de la cual yo agora vengo, que le plugo que se dijese; é yo fio en aquel Salvador del mundo, que si en lo presente se da tal remedio que su servicio sea, que con poca penitencia lo pasado perdonará; pues que mas la obra que la intencion parece ser dañada.» El Rey estuvo una gran pieza pensando, sin ninguna cosa decir, donde á la memoria le ocurrió el gran valor de Amadís, é cómo merecía ser señor de grandes tierras, así cómo lo era, y ser marido de persona que del mundo señora fuese, é asimismo el grande amor que él habia á su hija Oriana, é cómo usaria de virtud y buena consciencia en la dejar por heredera, pues de derecho le venia; y el amor que él siempre tovo á don Galaor, é los servicios que él y todo su linaje le hicieron, é cuántas veces, despues de Dios,

fué por ellos socorrido en tiempo que otra cosa sino la muerte y destruicion de todo su estado esperaba; y sobre todo, ser su nieto aquel muy hermoso doncel Esplandian, en quien tanta esperanza tenia; que si Dios le guardase y llegase á ser caballero, segun lo que Urganda le escribió, no ternia par de bondad en el mundo; é asimismo cómo en la misma carta le escribió que este doncel pornia paz entre él é Amadís; é tambien le vino á la memoria ser muerto el Emperador, é que si con él y con su deudo ganaba honra, que mucho mas con el deudo de Amadís la ternia, así como por la experiencia muchas veces lo habia visto. E con esto, demás de recibir descanso, así en su persona como en su reino, creceria en tanta honra, que ninguno en el mundo su igual fuese; y despues que de su cuidado acordó dijo: «Padre Nasciano, amigo de Dios, como quiera que mi corazón é voluntad de la soberbia sojuzgado estoviese, y no desease otra cosa sino recibir muerte ó darla á otros muchos, porque mi honra fuese satisfecha, vuestras santas palabras han seido de tanta virtud, que yo determino de retraer mi querer en tal manera, que si la paz é concordia no viniere en efecto, seais vos testigo ante Dios no ser á mi culpa ni cargo; por ende no dejéis de hablar con Amadís, y no le descubriendo nada de mi propósito, tomad su parecer de lo que en este caso quiere, é aquello me decid, é si es tal que con el mio se conforme, poderse ha dar tal orden como lo presente é porvenir se ataje en aquella manera que á provecho é honra de ambas las partes se conviene.» Nasciano hincó los hinojos llorando ante él, de gran placer que hobo, é díjole: «¡Oh bienaventurado Rey! aquel Señor que nos vino á salvar os agradezca esto que me decis, pues que yo no puedo.» El Rey lo levantó y le dijo: «Padre, esto que vos he dicho tengo determinado, sin haber hi al.—Pues conviéneme, dijo el buen hombre, partirme luego, é antes que la tregua salga trabajar cómo en esto en que tanto nuestro Señor será servido se dé conclusion.»

Así se salieron el Rey y él á la gran tienda, donde muchos caballeros é otras gentes estaban, y queriendo el ermitaño despedirse dél, entró por la puerta de la tienda aquel hermoso doncel su criado Esplandian, é Sargil con él, que la reina Brisena le enviaba por saber nuevas del Rey su señor. Cuando el buen hombre le vió tan crecido, entrado ya en talle de hombre, ¿quién vos podria contar el alegría que hobo? por cierto seria imposible. Pues así como estaba con el Rey, se fué contra él lo mas apriesa que pudo á lo abrazar. El doncel, aunque habia muy gran tiempo que visto no le habia, conociólo luego, é fué á fincar los hinojos delante dél, y encomenzóle á besar las manos, y el hombre santo le tomó entre sus brazos, y besóle muchas veces con tan grandísima alegría, que cuasi del todo le tenia fuera de sentido; é así desta manera lo tovo gran rato, que no se podia apartar dél, diciéndole desta manera: «¡Oh mi buen hijo! bendita sea la hora en que tú nasciste, y bendito é alabado sea aquel Señor que por tan gran milagro te quiso dar la vida é llegarte á tal estado como mis ojos agora te ven.» Y cuando en esto estaba, todos estaban mirando lo que el hombre bueno hacia é

decía, y el grande placer que le daba la vista de aquel su criado, é los corazones se les movian á piedad en ver tanto amor. Mas sobre todos, aunque no lo mostró, fué el placer que el rey Lisuarte hobo, que aunque de antes en mucho lo toviese é lo amase por lo que dél esperaba é por su gran fermosura, no era nada en comparacion de saber cierto que su nieto fuese; é no podía partir los ojos dél; que tan grande fué el amor que súbito le vino, que toda cuanta pasion y enojo que hasta allí de las cosas pasadas tenia; así fué dél partido é tornado al revés, como en el tiempo que mas amor á Amadís tovo. Y luego conoció ser gran verdad lo que Urganda la Desconocida le había escripto, que este pornia paz entre él é Amadís, é así creyó verdaderamente que sería cierto todo lo otro. Despues que el hombre bueno con tanto amor lo tovo abrazado, soltóle de los brazos con que lo tenia, y el doncel fué fincar los hinojos ante el Rey, é dióle una carta de la Reina, por la cual le suplicaba mucho por la paz é concordia; si á su honra hacer se podiese, é otras muchas cosas que no es necesario decirlas. El hombre bueno dijo al Rey: «Mi señor, mucha merced recibiré, é gran consolacion de mi espíritu, que deis licencia á Esplandian que me haga compañía mientras por aquí andoviere, porque tenga espacio de lo mirar é hablar con él.—Así se haga, dijo el Rey, y yo le mando que de vos no se parta en cuanto vuestra voluntad fuere.» El hombre bueno gelo gradeció mucho, é dijo: «Mi buen hijo bienaventurado, id conmigo, pues el Rey lo manda.» El doncel le dijo: «Mi buen señor y verdadero padre, muy contento soy dello; que gran tiempo há que vos deseaba ver.»

Así se salió de la tienda con aquellos dos donceles Esplandian é Sargil, su sobrino, é cabalgó en su asno, y ellos en sus palafrenes, é fué su camino donde Amadís tenia su real, hablando con él muchas cosas en que había sabor, y rogando siempre á Dios que le diese gracia como pudiese dar cabo en aquello sobre que iba, tal que fuese su santo servicio. Pues con esta compañía que oídas llegó aquel santo hombre ermitaño al real, y se fué derechamente á la tienda de Amadís, donde falló tantos caballeros é tan bien guarnidos, que fué mucho maravillado. Amadís no lo conoció, que le nunca viera, é no pudo pensar qué demandaba hombre tan viejo é tan pesado, é miró á Esplandian, é viólo tan fermoso, que no pudiera creer que persona mortal tanto lo fuese, é tampoco lo conoció; que aunque habló con él cuando le demandó los romanos que tenia vencidos, é gelos dió, como esta historia lo ha contado, fué tan breve aquella vista, que le hizo perder la memoria dél. Mas don Cuadrágante, que estaba allí, conociólo luego, é fué para él é dijole: «Mi buen amigo, abrazar os quiero, é zacuérdatevos cuando vos hallamos don Brian de Monjaste é yo, que nos distes encomiendas para el caballero Griego? Yo gelas dí de vuestra parte.» Entonces dijo contra Amadís: «Mi buen señor, veis aquí el fermoso doncel Esplandian, de quien don Brian de Monjaste é yo os dejamos el mandado.» Cuando Amadís oyóno mbrar á Esplandian luego lo conoció, é si de verlo hobo placer, esto no es de contar; que así perdió los sentidos con la gran ale-

gría que hobo, que apenas pudo responder, ni de sí mismo se acordaba; é si alguno en ello parara mientes, muy claro viera su alteracion; mas no había sospecha en tal cosa; antes todos tenían creído que ninguno, si Urganda no, otro no sabia quién su padre fuese. Pues teniéndole don Cuadrágante por la mano, Amadís le quiso abrazar, mas Esplandian le dijo: «Buen señor, haced antes honra á este hombre santo Nasciano, que vos demanda.» É como todos oyeron decir ser aquel Nasciano, de quien tanta fama de su santidad y estrecha vida por todas las partes era manifesta, llegaronse á él con mucha homildad, é las rodillas en el suelo, le rogaron que les diese su bendicion. El ermitaño dijo: «Ruego á mi Señor Jesucristo que si bendicion de tan pecador como yo soy puede aprovechar, que esta mia abaje la gran saña é soberbia que en vuestros corazones está, é os ponga en tanto conocimiento de su servicio, que olvidando las cosas vanas deste mundo, sigais las verdaderas del que verdadero es.» Entonces alzó la mano é bendijolos. Amadís se volvió á Esplandian é abrazóle, y Esplandian le hizo el acatamiento y reverencia, no como á padre, que lo no sabia que lo fuese, mas como al mejor caballero de quien nunca oyera hablar, é por esta causa le tenia en tanto y le contentaba su vista, que los ojos no podía dél partir. Y desde el día que le vió vencer los romanos, siempre su deseo fué de andar en su compañía, sirviéndole, por ver sus grandes caballerías é aprender para adelante; é agora que se veia en mas edad y cerca de ser caballero, mucho mas lo deseaba; é si no fuera por la gran division que el Rey su señor con Amadís tenia, ya le hobera demandado licencia para se ir á él; mas esto lo detuvo fasta entonces.

Amadís, que á duro los ojos dél podia partir, veia cómo el doncel le miraba tan afincadamente, é sospechó que algo debía saber; mas el buen hombre ermitaño, que la verdad sabia, miraba al padre é al hijo, é como los veia juntos é tan fermosos, estaba tan ledo como si en el paraíso estoviese, y en su corazon rogaba á Dios por ellos, é que fuese su servicio de le dar lugar á él cómo entre estos dos, que eran la flor del mundo, pudiese poner mucho amor é concordia. Pues estando así todos al derredor del santo hombre, él dijo contra don Cuadrágante: «Mi señor, yo tengo de hablar algunas cosas con Amadís; tomad con vos este doncel, pues mas que ninguno destos señores le habeis conocido é fabledo.» Entonces tomó por la mano á Amadís, é apartóse con él bien desviado, é dijole: «Mi hijo, antes que la causa principal de mi venida se vos manifieste, quiero traeros á la memoria el encargo tan grande, mas que otro ninguno de los que hoy viven, en que sois á Dios nuestro Señor; que en la hora que nacistes fuistes echado en la mar, cerrado en una arca sin guardador alguno, é aquel Redentor del mundo, habiendo de vos piedad, milagrosamente os trajo á vista de quien tan bien os crió. Este Señor que os digo os ha fecho el mas fermoso y el mas fuerte, é mas amado é honrado de cuantos en el mundo se saben, dándovos él su gracia. Por vos han seido vencidos muchos valientes caballeros é gigantes, é otras cosas fieras é desemejadas, que en este mundo muy gran daño ficeron; vos sois hoy en el mundo extremado de

cuantos en él son. Pues quien tanto ha hecho por vos, ¿qué es razon que hagais vos por él? Por cierto, si el enemigo malo no os engaña, con mas homildad é paciencia que otro alguno debeis mirar por su servicio; é si así no lo haceis, todas las gracias y mercedes que de Dios habeis resecebido serán en daño y menoscabo de vuestra honra; porque, así como su santa piedad es grande en aquellos que le obedescen é conoscen, así su justicia es mayor sobre aquellos que dél mayores bienes han resecebido, no habiendo dellos conocimiento ni gradecimiento. E agora, mi buen hijo, sabréis cómo poniendo este cansado é viejo cuerpo á todo peligro de su salud, queriendo seguir aquel propósito por donde quise dejar las cosas deste mundo percedero, soy venido con gran trabajo é cuidado de mi espíritu, con ayuda de aquel, que sin ella nada se puede hacer que bueno sea, á poner paz é amor donde tanta rotura é desventura está, como al presente parece. E porque yo he hablado con el rey Lisuarte, y en él hallo aquello en que todo buen rey, ministro de Dios, obedescer debe, quise saber de vos, mi buen señor, si tenéis conocimiento mas á aquel que os crió que á la vanagloria deste mundo, y porque sin recelo ni temor alguno podais hablar conmigo, vos hago saber cómo antes que aquí viniese fui á la insola Firme, é con licencia de la princesa Oriana, de quien yo en confesion sé todo su corazon é grandes secretos, tomé este cuidado en que puesto me veis.»

Amadís, como esto le oyó decir, bien creyó que le decia verdad, porque este era un hombre santo, é por ninguna cosa diria sino lo cierto; y respondióle en esta manera: «¡Amigo de Dios é santo ermitaño! si el conocimiento que tengo de los bienes y mercedes que de mi Señor Jesucristo he resecebido hobiese de poner en obra los servicios á que obligado le soy, yo sería el mas bienaventurado caballero que nunca nació; mas recibiendo dél todo é mucho mas de lo que dicho habeis, é yo no solamente no lo conocer ni pagar, mas ofenderle cada día en muchas cosas, téngome por muy pecador y errado contra sus mandamientos; é si agora en vuestra venida puedo emendar algo de lo pasado, mucho alegre y contento seré en que se haga; por ende decid lo que es en mi mano; que aquello con toda aficion se cumplirá.—¡Oh bienaventurado hijo! dijo el buen hombre, cuánto habeis esta muy pecadora ánima alegrado é consolado mi desconsuelo en ver tanto mal, é aquel Señor que vos ha de salvar vos dé el galardón por mí, é agora sin ningun temor quiero que sepais lo que yo tengo fecho despues que á esta tierra vine.» Entonces le contó quanto él había fabledo con Oriana, é cómo por su mandado vino al Rey su padre, é todas las cosas que con él habló, é cómo claramente le dijo que Oriana era casada con él, y que el doncel Esplandian era su nieto, é cómo el Rey lo había tomado con mucha paciencia, é que estaba muy llegado á la paz; y que pues él, con la ayuda de Dios, en tal estado lo había puesto, que él diese orden cómo, quedando casado con aquella princesa, se concertase la paz entrellos ambos. Amadís cuando esto oyó el corazon y las carnes le temblaban con la gran alegría que hobo, en saber que por voluntad de su señora era des-

cubierto el secreto de sus amores, teniéndola él en su poder, donde peligro alguno no se aventuraba; é dijo al ermitaño: «Mi buen señor, si el rey Lisuarte dese propósito está y por su hijo me quiere, yo lo tomaré por señor é padre para le servir en todo lo que su honra sea.—Pues que así es, dijo el buen hombre, ¿cómo vos parece que se pueden juntar del todo estas dos voluntades sin que mas mal venga?» Amadís le respondió: «Paréceme, padre, que debeis hablar con el rey Perion, mi señor, y decirle la causa y deseo de vuestra venida, é si terná por bien que viniendo el rey Lisuarte en lo que don Cuadrágante é don Brian de Monjaste de parte de nosotros le demandan sobre el fecho de Oriana, de se llegar á la paz con él, é yo fio tanto en la su virtud que hallaréis todo el recaudo que deseais; y decilde que algo dello me fablestes, pero que yo lo remito todo á su voluntad.»

El hombre bueno tovo que decia bien, é así lo hizo; que luego se partió de la tienda de Amadís con sus donceles é compañía, é fuese á la del rey Perion, del cual, sabido quién era, fué con mucho amor é voluntad recibido. Miró el Rey á Esplandian, que le nunca viera, é fué mucho maravillado en ver criatura tan hermosa é tan graciosa, y preguntó al santo hombre ermitaño quién era. El santo hombre le dijo cómo era su criado, que Dios gelo diera por muy gran maravilla. El rey Perion le dijo: «Cuánto mas, padre, si es este el doncel que traia la leona con que cazaba, y que vos criastes en la selva donde es vuestra morada, de quien muchas cosas y extrañas la gran sabidora Urganda la Desconocida ha enviado á decir que le avernán, si Dios vivir lo deja; é paréceme, segun me dicen, que envió decir al rey Lisuarte por un escripto que este doncel pornia mucha paz é concordia entre él é mi hijo Amadís. Et si así es, todos le debemos mucho amar é honrar, pues que por su causa tanto bien puede venir, como vos, padre, veis.» El santo hombre bueno Nasciano le dijo: «Mi señor, verdaderamente este es el que vos decis; é si agora teneis razon de le amar, mucho mas la ternéis adelante, cuando mas de su fecho supiédes.» Entonces dijo á Esplandian: «Hijo, besad las manos al Rey; que bien lo merece.» El doncel fincó los hinojos por le besar las manos, mas el Rey le abrazó y le dijo: «Doncel, mucho debeis gradescer á Dios la merced que vos hizo en darvos tanta hermosura é buen donaire, que sin conocimiento que de vos se tenga atraeis á todos que vos amen é vos precien; y pues á él plugo de os dotar de tanta gracia y fermosura, si le fuédes obediente, mucho mas vos tiene prometido.» El doncel non le respondió ninguna cosa; antes con gran vergüenza de se oir loar de tal príncipe, se le encendió el rostro en color, lo cual pareció muy bien á todos en lo ver con tanta honestidad como su edad lo demandaba; é mucho se maravillaban de persona tan señalada, que no se conocia padre ni madre. El Rey preguntó al santo hombre Nasciano si sabia cómo su hijo fuese. El buen hombre le dijo: «De Dios, que hace todas las cosas, aunque de hombre é mujer mortal nació é fué engendrado; pero, segun su comienzo é el cuidado que de guardar lo tovo é criar, bien parece que como á hijo lo ama; é á él placirá, por su santa clemencia y piedad,

que antes de mucho tiempo sabréis mas de su facienda.» Entonces le tomó por la mano y se apartó, é dijo: «Rey bienaventurado en todas las cosas deste mundo, y en el otro si á Dios temierdes é mirádes por todas las cosas que sean de su servicio, yo soy venido á estas partes con esta persona tan flaca é cansada de sobrada vejez, con propósito que Dios mi Señor me dará gracia que yo le pueda servir en quitar tanto mal como aparejado está, é mis dolencias é grandes fatigas no dieron lugar á que antes viniese; y he hablado con el rey Lisuarte, el cual, como siervo de Dios, querrá venir en paz si con honra de las partes se puede hacer; y dél he venido á nuestro hijo Amadis, y remitiéndome á vos é á seguir vuestro mandamiento, se excusó de responder á lo que le dije; de manera que en vos, mi señor, queda la paz ó la guerra; pues cuánto seais obligado á desviar las cosas contrarias al servicio de aquel muy alto Señor todos lo saben, segun de los bienes deste mundo, así de mujer como fijos é reinos, si nos ha proveido, é agora es tiempo que él conozca cómo gelo gradeceis y deseais servir.»

El Rey, como siempre estoviese inclinado á la paz é sosiego, por la parte del daño que de la guerra se podría seguir, así como aquel que allí tenia á Amadis, que era la lumbrera de sus ojos, é don Florestan, é Agrájes, é otros muchos caballeros de su linaje, le respondió é dijo: «Padre Nasciano, Dios es testigo de la voluntad que en esta tan gran rotura yo he tenido, é cómo la hobiera excusado si camino para ello pudiera fallar; mas el rey Lisuarte ha dado ocasion á que ningún medio en ella se podiese fallar, porque mucho contra Dios é su conciencia quiso desheredar á su hija Oriana, como todo el mundo sabe, la cual, como habréis sabido, fué reparada; é aun despues ha sido amonestado é rogado que quiera venir en lo que justo sea, y que todo se haria á su ordenanza; pero él, como príncipe poderoso, é mas en este caso soberbio que razonable, pensandó que teniendo al emperador de Roma todo el mundo le habia de ser sujeto, nunca quiso, no solamente ponerse en justicia, mas ni oír; pues lo que desto se le ha seguido é ganado, Dios lo sabe é todos lo ven. Mas si agora quiere haber el conocimiento que fasta aqui no ha tenido, yo fio tanto en estos caballeros que de mi parte están, que harán é seguirán mi parecer, que no es otro sino que estos males sean atajados; y porque vos, padre, veais en cuán poco la porfia está, solamente que en lo de Oriana, su hija, se diese medio, era el remedio para todos.» El buen hombre le dijo: «Mi buen señor, Dios le dará, é yo en su lugar; por ende, hablad con vuestros caballeros é nombrad personas que el bien quieran; que por el rey Lisuarte así será fecho; é yo estaré con ellos, como siervo de Jesucristo, para soldar é reparar lo que se rompiere.» El rey Perion lo tuvo por bien, é dijo: «Eso luego se fará; que yo daré dos caballeros que con todo amor y voluntad se lleguen á lo que justo fuere.» El hombre bueno con esto se tornó muy contento é pagado al real del rey Lisuarte. El rey Perion mandó llamar á su tienda todos los mas principales caballeros, é juntos así, les dijo: «Nobles príncipes y caballeros, así como todos somos muy obligados en defendimiento

de nuestras honras y estados á poner las personas en todo peligro por las defender y mantener justicia, así lo somos para sin toda saña é soberbia de nos volver y recoger en la razon cuando manifiesta nos fuere; porque, aunque al comienzo con justa justicia, sin ofensa de Dios, las cosas se pueden tomar, pero procediendo en la causa, si con fantasía é mal conocimiento no nos llegásemos á lo razonable, lo justo primero con lo postrimero injusto se haria igual; así que, conviene que la honra y estima, estando por la mayor parte en su perdicion, si camino de concordia como al presente parece se descubriere, que dejando las cosas pasadas aparte, se tome por servicio del alto Señor y reparo de nuestras ánimas, á quien tan tenudos somos. Agora sabréis cómo á mí es venido este santo hombre ermitaño, amigo é siervo de Dios, y segun dice, nuestros contrarios querrán paz mas conforme á buena conciencia que á puntos de honra, si así la queremos. Solamente demanda para el efeto dello se nombren personas de ambas las partes que con buena voluntad, apartada de injusta pasion, lo determinen; parecióme cosa muy justa que lo sepais y deis el voto que mejor vos pareciere, porque aquel se siga.» Todos callaron por una gran pieza. Angriote de Estravaus se levantó é dijo: «Pues que todos callais, diré yo mi parecer;» é dijo al Rey: «Señor, así por vuestra dinidad real é gran valor de vuestra persona, é mas por el muy gran amor que estos príncipes é caballeros vos tienen, tovieron por bien de os tomar en esta jornada por su mayor, para que las cosas de la guerra é paz sean por vuestro consejo guiadas, conociendo que ningún temor ni aficion terná parte de vos sojuzgar; é yo fio por su virtud que lo que por vos se determinase, por ninguno dellos seria contradicho; así que, para lo uno y otro es nuestro poder bastante; pero, pues que á la vuestra merced place de oír lo que cada uno decir querrá, quiero que mi voto se sepa; el cual es, que pues por nosotros se tiene la princesa Oriana con todo lo que con ella se hobo, que seria gran sinrazon, queriendo nuestros contrarios la paz, estando nuestras honras tan crecidas, habérgela de negar en esta demanda, que tan poco aventuramos; é pues que al comienzo fueron nombrados don Cuadragante é don Brian de Monjaste, que así agora lo deben ser; que su discrecion é virtud es tan crecida, que en la hora en que agora lo tomaren, en aquella é aun mas allende lo dejarán con asiento de paz ó rotura de guerra.» Así como este caballero lo dijo se concertó por el Rey é por aquellos señores, que estos dos caballeros, con acuerdo é consejo del Rey, determinasen lo que habian de hacer adelante.

CAPITULO XXXIII.

De cómo el santo hombre Nasciano tornó con la respuesta del rey Perion al rey Lisuarte, é lo que se concertó.

Tornó el hombre bueno Nasciano al rey Lisuarte, como oistes, é dijole lo que habia hablado con el rey Perion, é cómo todos por él se mandaban, que le parecia que la obra debria seguir é concertar con las palabras tan buenas que le habia dicho. Como ya el Rey determinado estoviese, é muy ganoso de no dar mas parte al

enemigo malo de la que hasta allí habia tenido, donde gran daño redundado habia, dijole: «Padre, pues por mí no quedará, así como lo veréis; y quedad vos aquí con vuestra compañía en esta mi tienda, é yo iré á hablar con estos reyes, que tanto mal é peligro han recibido por sostener mi hora.» Entonces se fué á la tienda de Gasquilan, rey de Suesa, que aun en la cama estaba de la batalla que con Amadis hobo, como ya oistes; é hizo llamar al rey Cildadan é á todos los mayores caballeros, así de los suyos como de los romanos, é dijoles lo que aquel hombre bueno ermitaño le habia dicho, así al comienzo de su venida, como agora en la respuesta que del rey Perion traia, guardado lo que toca de Amadis é su hija, que no quiso que por entonces fuese manifiesto; é rogóles mucho que le dijese su parecer, porque si la salida de aquel concierto buena fuese, ó al contrario, á todos su parte alcanzase. En especial queria saber el voto de los romanos, porque, segun la gran pérdida que en perder á su señor habian habido, mucho le obligaba á él, negando su propia voluntad, la suya seguir. El rey Cildadan le dijo: «Mi señor, gran razon es que á estos caballeros de Roma se les dé la parte que decís y tenéis por bien, y el buen comedimiento vuestro les obliga en la fin seguir lo que vuestra voluntad fuere, así como yo é todos los otros que somos en vuestra obediencia lo habemos de hacer, juntos con este noble rey de Suesa, que para esto su querer no será diverso del nuestro; é agora digan ellos lo que quisieren.» Entonces aquel buen caballero Arquisil se levantó é dijo: «Si el Emperador mi señor fuese vivo, así por su grandeza como por haber sido á causa suya esta contienda, á él convenia, segun su querer é voluntad, tomar la paz ó dar la guerra; mas, pues él es muerto, puédesse decir que con él murió aquello á que obligado era; que nosotros los que de su sangre somos y todos sus vasallos, á quien mandar é gobernar habemos, no somos ya mas parte de aquella que vos, mi buen señor rey Lisuarte, como su igual en la misma causa, quisierdes tomar, para lo cual ya se vos dijo, é agora se vos dice, que hasta que uno de nosotros vivo no quede, nunca dejarémos de seguir el propósito que vuestra voluntad fuere; así que, para lo uno é lo otro á vos, como mas principal, y que ya mas esto presente atañe que á ninguno, dejamos el cargo que hacer se debe.» Mucho fué el Rey pagado deste caballero, y todos cuantos allí eran, porque su respuesta fué muy conforme á toda discrecion con gran esfuerzo, lo cual pocas veces en uno concuerda; é dijole: «Pues que en mí lo dejais, yo lo tomo, é si en algo se errare, mia sea parte mayor, así como acertando, la de la honra.»

Con esto se fué á su tienda, é mandó al rey Arban de Norgales é á don Guilan el cuidador que ellos tomasen cargo de hablar con los que el rey Perion nombrase, é con su consejo se diese orden en la determinacion; é luego dijo al ermitaño: «Padre, paréceme, pues que el negocio es llegado á tal punto, que será bueno que torneis al rey Perion y le digais cómo yo tengo señalados estos dos caballeros para que con los suyos contraen; y que seria bien, porque las cosas semejantes siempre traen dilacion, y estando en estos reales los

feridos, no pueden ser curados, ni los mantenimientos para las gentes é bestias habidos, que los reales á un punto se levanten, y él con todos los suyos se retraya una jornada por donde vino, é yo á otra, que será á la mi villa de Luvaina, para dar orden en el reparo desta gente, que mal trecha está, é hacer llevar al Emperador á su tierra, y que nuestros mensajeros fablen en lo que facer se debe, y él é yo vernémos en lo mejor, y que él diga su voluntad á los suyos, yo así haré á los míos, é vos estaréis en medio para ser testigo de aquel que á la razon no se llegare, y que si menester será, él é yo con menos gente nos podrémos ver donde á vos pareciere.» Al ermitaño plugo mucho desto, porque bien vió que aunque el concierto no se ficiere, que el peligro estaba mas alejado, estándolo las gentes; que como quiera que este santo hombre fuese de orden y de tan estrecha vida en lugar tan esquivo, primero fué caballero é muy bueno en armas en la corte del rey su padre del rey Lisuarte, y despues del su hermano el rey Falangris; de manera que, así como en lo divinal tan acabado fuese, no dejaba por ende de entender bien en lo temporal, que mucho lo habia usado; é dijo al Rey: «Mi buen señor, bien me parece lo que decís; solamente queda que á dia cierto sean vuestros mensajeros é los suyos aquí en este lugar, que es el medio camino, é podrá ser que con ayuda de aquel Señor, que sin él ninguna cosa puede ser ayudada, se dará tal forma entre ellos, que vos y el rey Perion vos veais como habeis dicho, y se atajen las dilaciones que por las terceras personas suelen acacescer; é yo me volveré luego, é vos enviaré decir á la hora é sazón que el real podeis mandar levantar, que por aquella se levante el otro.» Así se tornó el buen hombre al rey Perion, y le dijo todo el concierto, que nada faltó. Al Rey plugo dello, pues que á tan gran ventaja suya los reales se alzaban; é con acuerdo de don Cuadragante é don Brian de Monjaste mandó apregonar que otro dia bien de mañana fuesen todos prestos en quitar sus tiendas é otros aparejos para levantar de allí. El buen hombre así lo envió á decir al rey Lisuarte, é que á lo mas presto que él pudiese seria con él. Pues la mañana venida, las tropas fueron sonadas por los reales, é alzadas las tiendas; y con mucho placer de los unos y de los otros movieron los reales, cada uno donde debia ir. Mas agora los dejarémos ir por sus caminos, y contar vos hemos del rey Arábigo, que suso en la montaña estaba, como ya oistes.

CAPITULO XXXIV.

De cómo, sabida por el rey Arábigo la partida destas gentes, acordó de pelear con el rey Lisuarte.

Ya vos habemos contado cómo el rey Arábigo é Barsinan, señor de Sansueña, é Arcalaus el encantador é sus compañías estaban metidos en lo mas bravo y mas fuerte de la montaña, aguardando el aviso de las escuchas que continuamente muy secreto sobre los reales tenían; las cuales vieron muy bien las batallas pasadas, é asimismo la fortaleza de los reales, donde ninguna de las partes podia rescebir de noche ningún daño; é como fasta allí no hobiese habido vencimiento ninguno, antes siempre los reales parecían estar enteros, no

se atrevió el rey Árábigo á salir de allí, pues que no habia disposicion para contentar á su deseo, é siempre su pensamiento fué de esperar á lo postrimero; que bien cuidaba que aunque alguna pieza se detoviesen los unos con los otros, que al cabo la una parte habia de ser vencida, é mucho placer tomaba consigo porque de la primera no se mostraba el vencimiento, que turando la porfía, mas se acrecentaba el daño; que á la fin quedarían tales, que con poco trabajo y menos peligro despacharía á los que quedasen, é quedaria señor de toda la tierra sin haber en ella quien gelo contradijese; é con mucho placer abrazaba muchas veces á Arcaulus, loándole y agradeciéndole aquello que habia pensado, é prometiéndole grandes mercedes, diciéndole que ya no se podia errar de no ser restituidos en los daños pasados con mucho mas acrecentamiento que lo perdido. Pues así estando, con mucho placer é alegría vinieron las escuchas, é dijéronle cómo las gentes habian alzado los reales, é armados se volvian por los caminos que habian allí venido, que no podían pensar qué cosa fuese. Oído esto por el rey Árábigo, luego pensó que sobre alguna avenencia se podrían partir. Acordó de antes acometer al rey Lisuarte que á Amadís, porque aquel, muerto ó preso Amadís, ternia poco cuidado del bien ni del mal del reino, y que así lo podría todo ganar; pero dijo que no sería bien acometerlos fasta la noche, porque los tomarían mas descuidados é á su salvo; é mandó á un sobrino suyo, que habia nombre Esclavor, hombre muy sabido de guerra, que con diez de caballo muy encobiertamente siguiese el rastro, é mirase bien dónde se aposentaban; el cual así lo hizo, que por lo mas encobierdo de aquella sierra iba mirando la gente que por el llano iba. El rey Lisuarte, que iba por su camino, siempre tovo recelo de aquella gente, aunque no sabia dónde cierta estoviese; pero que algunos de los de la tierra le habian dicho cómo siempre veían gente en aquella montaña á la parte de la mar, mas ninguno allá acostarse osaba, ni el Rey habia tenido tiempo de proveer en ello lo que menester era: tanto tenia que hacer en lo que delante sí tenia. E yendo por su camino, como dicho es, fué avisado de algunos de la comarca cómo habian visto gente de caballo ir encobiertos por encima de los cerros de aquella sierra.

El Rey, como fuese muy apercebido y de vivo corazón, luego pensó lo que vino, que no se podría partir de aquella gente, si á su parte acostasen, sin gran batalla, la cual por entonces temia, por ver su gente tan maltrecha de las batallas pasadas; pero con su fuerte corazón, no tardó de poner el remedio que complia, é llamando al rey Cildadan é á los capitanes todos, les dijo las nuevas que habia sabido de aquellas gentes, é que les rogaba toviesen todas sus gentes armadas y en buena ordenanza, porque si menester fuese las fallasen con aquel recaudo que convenia á caballeros. Todos le respondieron que así como lo mandaba se cumpliría por ellos, y que creyese que antes que mengua ni daño recibiesen perderían las vidas. Algunos hobo que secretamente le dijeron que lo debía hacer saber al rey Perion, porque aquella gente era mucha é folgada, y la suya estaba toda al contrario, y que ha-

bían recelo que se no podrían sin gran peligro dellos partir; que mirasen que todos eran sus enemigos; que si la ventura contraria le fuese, que no habria en ellos piedad ni dejarían de hacer el mal que podiesen. Estos fueron don Grumedan é Brandoibas, que hacían cuenta, si esto se ficiese, que el Rey su señor no habria de quién temer, y que por este camino la paz sería mas firme é abreviada entre ellos. Mas el Rey, que, como muchas veces vos hemos dicho, siempre temió mas la pérdida de la honra que el seguramiento de la vida, respondióles que las cosas no estaban tanto al cabo del bien, que quisiese encargarse de sus contrarios, que podría ser que lo que agora se les figuraba gran afrenta, que al fin saldria al contrario; y que no pensasen en al, sino en ferir reciamente á los enemigos, si viniesen, como siempre en las cosas de mayores afrentas que aquella era en que se habian visto lo ficieran. Y luego mandó á Filispinel que con veinte caballeros se acostase á la montaña, é lo mas cuerdamente que pudiese ser, de manera que se no perdiese, tomase algun aviso; é así lo hizo como él lo mandó. Entre tanto hizo reposar la gente, que habria ya andado hasta cuatro leguas, y que las bestias refrescasen, porque si ser pudiese, llegasen á Luvaina sin mas reparar, porque él mas temia de ser acometido de noche que de día; é si la gente reparase, que no sería en su mano, segun estaban fatigados, de los poder excusar que se no desarmasen é no dormiesen; de manera que asaz poca gente le podría desbaratar; é cuanto una pieza reposaron, mandó que cabalgasen, y llevó delante sí todo el fardaje é los feridos, aunque en aquellos días de la tregua habia enviado todos los mas á aquella villa. Filispinel se fué derecho á la montaña, é con gran recaudo que puso sintió luego las espías y la gente de Esclavor; é quedando él con los mas de los que llevaba á vista de los contrarios, envió el aviso al Rey, haciéndole saber cómo habia hallado aquellos pocos caballeros que siempre iban atalayando, é que creía que la otra gente no estaría muy léjos.

El Rey no facía sino andar su camino con harta priesa, porque la afrenta, si viniese, le tomase cerca de aquella su villa, que facía cuenta que, aunque bien cercada no estoviese, que mejor en ella que en el campo se podría reparar; así que, en poca de hora se alejó gran pieza de la montaña. Esclavor, sobrino del rey Árábigo, como vido que lo habian descubierto, enviólo facer saber á su tío, y que su parecer era que sin detención alguna debria descender de la montaña á lo llano; que pues descubiertos eran, que el rey Lisuarte no querría parar sino en parte que á su ventaja fuese. Cuando este mensajero llegó al rey Árábigo toda su gente estaban de buen reposo, aparejando para la noche, sin pensamiento alguno de acometer á sus enemigos de día, é no podieron tan presto armarse é cabalgar, que, como la gente mucha fuese, que gran pieza no tardasen; é lo que mas embarazo les puso fué los malos pasos de la montaña; que así como para se defender habian escogido lo mas áspero é fuerte, así para ofender lo hallaban muy contrario. Pues así como ois esta gente comenzó á seguir al rey Lisuarte; pero antes que de la montaña saliesen él iba ya tan gran trecho,

que por mucho que despues que á lo llano salieron é aguijaron tras él, no lo podieron alcanzar fasta bien cerca de la villa; mas Arcaulus, como sabia la tierra, iba diciendo al rey Árábigo que se no aquejase, porque la gente no se fatigase; pues á vista los llevaban, no era posible poderseles ir, y que no toviese en nada que se le acogiesen á la villa, que él la sabia muy bien, é que mas peligroso estaría en ella que en el campo, segun sus pocas fuerzas. En este comedio acaeciò que, por voluntad de Dios, porque aquella mala gente su mal deseo no pusiese en efeto, que el buen hombre é santo ermitaño envió á Esplandian, su criado, é á Sargil, su sobrino, al rey Lisuarte á le facer saber cómo el negocio estaba en buen estado, é que lo mas presto que él pudiese sería con él en Luvaina para dar orden cómo los cuatro caballeros de ambas partes se juntasen. Cuando estos donceles llegaron al real del Rey falláronlo partido pieza habia, y ellos siguieron la via que llevaban; é andovieron tanto, que llegaron al lugar donde el Rey habia reposado, é allí supieron cómo iba con recelo é con mas priesa, é apresuraron su camino por lo alcanzar; é antes que la hueste del Rey viesen, vieron descendir la gente de la montaña á gran andar, y luego pensaron que era la del rey Árábigo, que estando con la reina Brisena, oyeron decir de aquella gente, é vieron cómo la Reina enviaba algunas gentes de unos logares á otros á la parte donde se decia estar aquella compañía; é como así lo viesen ir con tanto poder, y el Rey su señor con tan poco, y tan fatigada su gente, que los no podría sufrir, y se veria en gran peligro, de lo cual Esplandian mucho dolor é pesar hobo, dijo á Sargil: «Hermano, sígueme, y no holguemos hasta que, si ser podiere, el Rey mi señor sea socorrido, porque aquella mala gente no le puedan empecer.»

Entonces volvieron las riendas á los palafrenes é tornaron por el camino que venían al mas andar que podieron todo lo que del día les fincó y toda la noche, que nunca pararon; é otro día al alba llegaron al real del rey Perion, que aquel día no habia andado mas de cuatro leguas, é halló asentado su real en una ribera de muchos árboles é huertas, y tenia á la parte de la montaña su guarda de muchos caballeros, porque tambien hobo nuevas de unos pastores de aquella gente; é como movían del lugar donde estaban, recelóse dellos, é por esta causa mandó poner gran guarda; é como allí llegaron fuése Esplandian derechamente á la tienda de Amadís, é falló al buen hombre ermitaño que se levantaba y quería caminar; é cuando así con tanta priesa vió el doncel, dijole: «Mi buen hijo, ¿qué venida tan apresurada es esta?» El le dijo: «Mi señor padre, tanto es de priesa que hasta que con Amadís fable no vos lo puedo contar.» Entonces descabalgó del palafren y entró á la cama donde Amadís estaba armado, que estovo toda la noche en la guarda del campo, é al alba se vino á dormir é reposar, é despertándole, le dijo: «¡Oh buen señor! si en algun tiempo vuestro noble corazón deseó grandes hazañas, venida es la hora donde su grandeza mostrar puede, que aunque fasta aquí por muy grandes afrentas é muy peligrosas haya pasado, ninguna tan señalada como esta ser pudo. Sabréis, buen señor, cómo la gente que se ha dicho estar en la mon-

taña con el rey Árábigo, va cuanto mas puede sobre el rey Lisuarte, mi señor; é creo, Señor, que, segun la muchedumbre della, é la poca é mal reparada del Rey, no se le puede excusar gran peligro; así que, despues de Dios, el solo remedio vuestro es el suyo.» Amadís, como aquello oyó, levantóse muy presto é dijo: «Buen doncel, esperadme aquí; que si yo puedo, vuestro trabajo no será en balde.» Entonces se fué luego á la tienda del rey Perion, su padre; é contándole aquellas nuevas, le suplicó mucho que le diese licencia para hacer aquel socorro, del cual mucha honra é gran prez podría recibir, y sería muy loado en todas las partes donde se sopiese; y esto le pidió Amadís á los hijos; que nunca levantar se quiso hasta que el Rey, como era llegado á toda virtud, é nunca su tiempo pasó sino en semejantes cosas de gran fama, le dijo: «Hijo, fágase como tú lo quieres, é toma la delantera con la gente que te placirá; que yo te seguiré; que si con este rey Lisuarte hemos de tener paz, esto la hará mas firme; é si guerra, mas vale que por nos sea destruido que por otros, que por ventura serían mas nuestros enemigos que agora lo es él.» Y luego mandó tocar las trompas é los añafles, é como la gente estaba toda armada é sospechosa de rebato, luego á caballo fueron cada uno con su capitan. El rey Perion é Amadís habian fecho cabalgar á Gastiles, el sobrino del emperador de Costantinopla, é con su seña se salieron del real, tras la cual salieron todas las otras; é como todos fueron en el campo, el Rey les dijo las nuevas que habia sabido, é rogóles mucho que, no mirando á lo pasado, quisiesen mostrar su virtud en socorrer aquel rey que con tan mala gente en tan gran necesidad estaba. Todos lo tovieron por bien, é dijeron que como lo él mandase se faria. Entonces Amadís tomó consigo á don Cuadrante, é á don Florestan, su hermano, é Angriote de Estravaus, é Gavarte de Val Temeroso, é Gandalin y Enil, y cuatro mil caballeros, é al maestro Elisabat, que así en esta jornada como en las batallas pasadas hizo cosas maravillosas de su oficio, dando la vida á muchos de los que haber no la podieran sino por Dios y por él. Con esta compañía tomó el camino, y el Rey su padre é todos los otros en sus batallas ordenadas tras él.

Mas agora deja el cuento de hablar dellos, que se iban á mas andar, é torna á contar lo que los reyes en este medio tiempo hicieron.

CAPITULO XXXV.

De la batalla que el rey Lisuarte hobo con el rey Árábigo é sus compañías, é cómo fué el rey Lisuarte vencido é socorrido por Amadís de Gaula, aquel que nunca faltó de socorrer al menesteroso.

Contado vos habemos cómo el rey Lisuarte fué avisado de los caballeros que á la montaña envió cómo habian visto ya las atalayas de la gente del rey Árábigo, é como él con gran priesa se iba por llegar á la su villa de Luvaina, porque si afrenta alguna le viniese, allí se pudiese reparar; que, segun la gente llevaba mal parada de las batallas pasadas que ya oistes, bien tenia creído que aquel gran poder de sus enemigos no lo podría sufrir. Pues así fué, que él yendo su camino, las com-